

## En torno al “desplazamiento” de los empresarios nacionales por los inmigrantes europeos. El caso de Concepción, Chile (siglo XIX y primeras décadas del siglo XX)<sup>1</sup>

Leonardo Mazzei de Grazia<sup>2</sup>

### RESUMEN

En el siglo XIX predominó una admiración por Europa en las elites e intelectuales de los países de Iberoamérica, que llevó a despreciar las raíces autóctonas indígenas y mestizas. El conocido juicio de Sarmiento “civilización y barbarie” sintetizó la opción por el modelo de vida y de progreso propios de Europa. Sin embargo, en los comienzos del siglo XX surgió una reacción nacionalista de valorización de lo autóctono. En Chile esta nueva corriente de pensamiento estuvo representada, entre otros intelectuales, por Tancredo Pinochet Le Brun, Francisco Antonio Encina y, sobre todo, por Nicolás Palacios. Ellos denunciaron la inmigración europea como un proceso que había sido negativo para el país y que había provocado el desplazamiento empresarial de los nacionales. Con respecto a tal denuncia, revisamos en este artículo la relación mercantil que se produjo entre extranjeros y nacionales a partir de la emancipación política, refiriéndonos especialmente a la conformación de núcleos empresariales en la región de Concepción. Postulamos que más que un desplazamiento de empresarios nacionales por extranjeros hubo una complementación de funciones y una apertura hacia nuevos espacios y mercados económicos, como fue la conexión, desde la década de 1820 y aún antes, con el mercado inglés, a través de las exportaciones de cobre, cueros y otros productos; y, en el comercio interno, el notable incremento de la población urbana. Sostenemos, pues, que las gestiones mercantiles de los foráneos respondieron a una ampliación de los mercados más que a un desplazamiento de los nacionales.

**Palabras clave:** empresarios, nacionales, inmigración, europeos, Concepción

### ABSTRACT

In the nineteenth century social and intellectual elites throughout Spanish America showed a great admiration for European Culture, which led them to despise the native and mestizo roots of Latin America. Sarmiento's well-known expression, *Civilization and Barbarism*, epitomized the predilection for the European lifestyle and progress. However, at the beginning of twentieth century a nationalist reaction emerged and cultural native roots began to be appreciated. In Chile, this new trend was represented, among other thinkers, by Tancredo Pinochet Le Brun, Francisco Antonio Encina and, above all, by Nicolás Palacios. They denounced European immigration, and saw it as a detrimental process that caused the displacement of national entrepreneurs. In regards to that view, this article analyzes the commercial relations between Chilean and foreign businessmen since Independence, paying particular attention to the composition of the entrepreneurial communities in the Concepción region. We argue that nationals and foreigners complemented each other, and that, instead of a displacement of national entrepreneurs, it took place a process of expansion to new markets and areas. That was the case, indeed, from the 1820s, and

---

<sup>1</sup> Este artículo forma parte del Proyecto Fondecyt 1070712, “Actores sociales vinculados al proceso de modernización económico-social de Concepción. 1880-1940”

<sup>2</sup> Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Andrés Bello (Chile)

Recibido: Setiembre 2 de 2009

Aceptado: Setiembre 19 de 2001

even earlier on, with the articulation of the Chilean economy to the British market, and through the exporting of copper, hides, and other products; and, with the rise of domestic trade associated to urban population growth. In sum, rather than displacing Chilean entrepreneurs, foreigners' commercial activity was associated to a process of market expansion.

Keywords: entrepreneurs, nationals, immigration, Europeans, Concepción

Durante todo el siglo XIX predominó en Chile una visión pro europea, que llevó a rechazar las raíces autóctonas tradicionales de raigambre indígena y mestiza, como propias de una sociedad carente de civilización. Frente a ellas se alzó el paradigma europeo, sinónimo de progreso y modelo a imitar. La conocida sentencia sarmientina "*civilización y barbarie*" sintetizó la opción de la elite por el arquetipo europeo para procurar el adelanto económico y social. Una de las vías para ello fue el fomento de la inmigración, considerándose al europeo como un elemento dotado de laboriosidad, de una mayor capacidad productiva, de un espíritu de trabajo superior, cualidades que podrían estimular la imitación por parte de los nacionales, lográndose así un efecto multiplicador, como lo han destacado, entre otros historiadores, Juan Ricardo Couyoumdjian y Antonia Rebolledo y María Rosaria Stabili<sup>3</sup>.

En los países de la vertiente atlántica, la facilidad de las comunicaciones hizo afluir el "*aluvión migratorio*" al Río de la Plata. De acuerdo a estimaciones de Magnus Morner, entre 1824 y 1924 se embarcaron 11 millones de emigrantes europeos hacia América Latina, de los cuales un 50 % (5.500.000) se dirigió a la Argentina, un 36 % (3.960.000) lo hizo al Brasil, un 5 % (550.000) al Uruguay y un 9 % (990.000) a otros países latinoamericanos. Chile no fue un destino atractivo para quienes buscaban mejores oportunidades fuera de Europa; en parte influyó en ello la situación del país, apartado en el extremo suroccidental de la América del Sur y aislado entre el desierto nortino, la inmensidad del Pacífico, las alturas de los Andes y el fin del mundo en el Cabo de Hornos. "*Pocos europeos - señala Solberg - se arriesgaban a pasar a Chile*".

Antes de que el Canal de Panamá fuera abierto, el viaje era largo y costoso y una vez que los inmigrantes arribaban, encontraban menos oportunidades que en Argentina, Brasil, Estados Unidos o Canadá<sup>4</sup>. La débil presencia numérica se denota en los censos de población: en 1875 se registraron en todo el país 16.872 europeos, siendo el total de la población de Chile 2.075.971 habitantes, vale decir que los venidos del viejo continente representaban sólo un 1 %; en 1885 los europeos censados fueron 26.219 y la población total 2.507.380, manteniéndose la proporción en un 1 %.

---

<sup>3</sup> Couyoumdjian Bergamali, Juan Ricardo y Antonia Rebolledo Hernández, "Bibliografía sobre el proceso inmigratorio en Chile, desde la Independencia hasta 1930", en Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Serie Inmigración vol. 1, *Bibliografía sobre el impacto del proceso inmigratorio masivo en el cono sur de América: Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, México*, 1984, p. 122; y María Rosaria Stabili, "Las políticas inmigratorias de los gobiernos chilenos desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la década de 1920", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 2, Buenos Aires, 1986, p.189.

<sup>4</sup> Solberg, Carl, *Immigration and nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin, University of Texas Press, 1970, p. 36.

El Estado tuvo que intervenir para incentivar la inmigración. En los mediados del XIX, se había iniciado el proceso más exitoso en materia de inmigración y colonización, cual fue la colonización alemana de las provincias de Valdivia y Llanquihue, aunque su número estuvo lejos de ser cuantioso. Hacia 1875 se encontraban residiendo entre Valdivia y Puerto Montt 4.256 personas de origen alemán<sup>5</sup>. No obstante, esa escasa cifra sí impactó cuantitativamente en esas lejanas tierras sureñas, puesto que el área estaba débilmente poblada: de acuerdo al censo de 1854 “*en toda la provincia de Valdivia, desde el río Toltén hasta el canal de Chacao, sólo había 29.293 habitantes...*”<sup>6</sup>.

En el centro del país fueron pocas las obras que requirieron fuerza de trabajo peonal; entre ellas y de modo significativo, estuvo la construcción de vías férreas que llegó a ocupar hasta 10.000 trabajadores entre 1861 y 1863, para luego decaer rápidamente esta demanda de operarios. Por otra parte, entre 1867 y 1872 emigraron al Perú unos 20.000 trabajadores chilenos. Ambas circunstancias contribuyeron a crear una escasez coyuntural de mano de obra, como lo señala Luis Alberto Romero. Este mismo autor, en una apreciación de más largo plazo, afirma que en el Valle Central, entre 1870 y 1930 “*no se sintió falta de trabajadores*”<sup>7</sup>. De modo que el fomento a la inmigración se circunscribió a un plano discursivo más que a una acción efectiva.

Hubo que esperar hasta casi fines del siglo XIX para que cobrara un nuevo impulso la política inmigracionista. En efecto, el presidente José Manuel Balmaceda (1886-1891), junto con propiciar una mayor participación nacional en el salitre, el desarrollo de las obras públicas, el de la industria manufacturera y el de la educación pública en todos sus niveles, incluyó a la inmigración europea urbana entre los pilares en que basaba su proyecto modernizador del país. En concordancia con ello, en los años 1889 y 1890 correspondientes al período de dicho mandatario, se produjeron las mayores cifras de envíos de emigrantes a través de la Agencia de Inmigración que había sido establecida en Europa por el gobierno chileno en 1882. En 1889 fueron enviadas 10.413 personas, y en 1890, 11.011, sumando entre ambos años un total de 21.414, equivalente al 70 % de todos los emigrantes enviados por la Agencia entre 1882 y 1894 que alcanzaron a 31.139. En la primera década del siglo XX, el año que registra el mayor número de emigrantes enviados es 1907, con 8.463<sup>8</sup>. A todos ellos habría que agregar los que vinieron en forma espontánea, de la cual desconocemos estadísticas, pero que, dado el proceso de migración en

<sup>5</sup> Cfr. Armando De Ramón, *Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000)*, Santiago, Catalonia Ltda., 2003, p. 87.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 86.

<sup>7</sup> Cfr. Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Elites y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*, Santiago, Ariadna Ediciones, 2007, pp. 123-125.

<sup>8</sup> Las cifras las hemos tomado de las siguientes fuentes: “Memoria sintética de las operaciones de la Agencia General de Colonización de Chile en Europa desde su creación en 1882 hasta 1894 inclusive”, en Nicolás Vega, *La inmigración europea en Chile, 1882 a 1895*, París, Agencia General de Colonización del Gobierno de Chile, 1896, p. 83; Memoria de la Agencia General de Inmigración de Chile en Europa correspondiente a 1908, Archivo Nacional, Relaciones Exteriores, vol. 1312; Santiago Macchiavelo Varas, *Política económica nacional, antecedentes y directivas*, Santiago, 1931, p. 83 y Markos Mamalakis, *Historical statistics of Chile: Demography and labor force*, Westport, Connecticut, 1978, p. 110.

cadena, se supone más numerosa y con una mayor proporción de radicación definitiva que la inmigración dirigida.

El incremento de la inmigración se debió reflejar en los censos de población. El más próximo a los años en que se registraron los mayores envíos fue el de 1895, en el que se contabilizaron a nivel del país 43.818 europeos, que en comparación con los censados en 1885, 26.219, significó un aumento absoluto de 17.599 personas y en términos relativos un incremento de 67 %. Puesto que la población del país se mantuvo casi estacionaria (2.507.380 habitantes en 1885 y 2.695.911 en 1895), la proporción de europeos se duplicó alcanzando un 2 %. En todo caso, se trató de cifras y porcentajes muy bajos, en consonancia con un país que no recibió un flujo migratorio masivo. Sin embargo, el ímpetu emprendedor de los llegados, junto a otros factores, les permitió desplegar un proceso de movilidad social que en sus países de origen les estaba prácticamente vedado. *“Traían, además, - ha escrito Villalobos – el ‘espíritu capitalista’, que valorizaba la ganancia y la inversión rentable sobre el gasto y la vida dispendiosa. Eran gente inquieta y arriesgada, como todo el que emigra, dispuesta a sobresalir con el esfuerzo y sin reparar en prejuicios ni convenciones pequeñas”*<sup>9</sup>. Para muchos inmigrantes su opción *“fue todo un éxito, en cambio, para otros fue un total fracaso. Está el caso de los miles de individuos que abandonaron desilusionados nuestro país...”*<sup>10</sup>.

Los logros económicos y el consiguiente escalamiento social, azuzó la crítica en contra de la inmigración. Una de las primeras reacciones en su contra fue la del periódico *La Unión* de Valparaíso, que en el mes de octubre de 1890 expresaba que *“a pesar de los deplorables resultados que ha producido en Chile la inmigración artificial, hay todavía quienes se empeñan en hacerla andar contra viento y marea. Ni los crecidos gastos que ella impone y que resultan improductivos, o lo que es peor, contraproducentes; ni la violencia y considerable emigración nacional que con ella se está provocando y que anula hasta el aumento material de brazos que parece buscarse; ni los peligros morales ni los contagios materiales que estamos internando con cada cargamento humano, elegido sin examen ni acierto, han podido convencer a los defensores del costoso y desdichado ensayo de que Chile no está preparado para estas operaciones, sino que al contrario, se encuentra en condiciones de no poder continuarla sin gravísimo daño”*<sup>11</sup>.

Luego habría de surgir la crítica acerca del desplazamiento de los nacionales por los europeos en las gestiones económicas empresariales. Ella fue expresada en las primeras décadas del siglo XX por algunos intelectuales; entre ellos, Nicolás Palacios, Alejandro Venegas (Julio Valdés Cange), Francisco Antonio Encina y Tancredo Pinochet Le Brun. El más virulento antiinmigracionista fue Nicolás Palacios. Nacido en la localidad de Santa Cruz, en 1854, en un hogar de agricultores modestos, pudo, sin embargo, educarse,

<sup>9</sup> Villalobos, Sergio, “Sugerencias para un enfoque del siglo XIX” en *Colección Estudios Cieplan*, N° 12, *Perspectivas históricas de la economía chilena: del siglo XIX a la crisis del 30*, Santiago, 1984, p. 27.

<sup>10</sup> Estrada, Baldomero, “La política migratoria del gobierno de Balmaceda”, en Luis Ortega (Editor), *La Guerra Civil de 1891 cien años hoy*, Santiago, Universidad de Santiago, 1993, p. 83.

<sup>11</sup> Cit. por Estrada, *Ibidem*, p. 79.

logrando finalizar la Enseñanza Secundaria en el Instituto Nacional. Ingresó a estudiar medicina en el año 1878, estudios que fueron interrumpidos por un largo tiempo; sólo obtuvo su título de médico en la década de 1890. En el intertanto estuvo en la Guerra del Pacífico y ejerció la medicina, aún sin estar en posesión del título correspondiente. Posteriormente se encontró en la matanza de la Escuela Santa María de Iquique, en diciembre de 1907. Se desempeñó como médico en las salitreras del norte hasta poco antes de su muerte, ocurrida en 1911; adquirió *“un profundo compromiso moral con los trabajadores de la pampa y su vida terrible y miserable, así como un nacionalismo fanático y populista”*, expresa Cristián Gazmuri, agregando que pareciera *“muy probable que padeciera de una enfermedad mental, depresión o algún tipo de neurosis o quizás sicosis”*<sup>12</sup>.

Palacios fue autor de la conocida obra *Raza chilena. Libro escrito por un chileno para los chilenos*, que primero publicó en forma anónima. Esta primera edición es del año 1904<sup>13</sup>, el mismo año en que se inició la radicación de unas cien familias italianas en el proyecto colonizador Nueva Italia, con la fundación del pueblo de Capitán Pastene, en el departamento de Traiguén. Palacios fue particularmente crítico de esta instalación. Como también lo fue de toda la inmigración italiana, llegando a sostener que el establecimiento de Nueva Italia respondía a una empresa de mayor envergadura, consistente en que Italia se proponía, a través de la emigración, una conquista pacífica de los países de clima templado de la América del Sur, basándose en su personal interpretación de algunos artículos aparecidos en la prensa italiana, en que se postulaba que la emigración contribuía a la descompresión social en la península. En *Raza chilena* desplegó sus concepciones racistas, diferenciando a las razas patriarcales de las matriarcales, extravagancia carente de toda rigurosidad científica. Para él razas patriarcales, vale decir superiores, eran la gótica y la araucana; matriarcales, o sea inferiores, eran las latinas. El racismo en Palacios fue aun más fuerte que su antiinmigracionismo, lo cual se advierte en sus comentarios acerca de la inmigración en Estados Unidos, país que visitó. Celebró las medidas restrictivas que allí se empezaban a establecer, la discriminación étnica y el ejemplo que significaba este país en materia de selección social, en consonancia con el “darwinismo social” del que estaba embebido, que postulaba el ascenso de los más aptos. Refuerza esta idea del racismo prevaleciendo por sobre el antiinmigracionismo, su queja por la falta de artesanos preparados, en circunstancia que en los contingentes migratorios venían muchos con oficios, a los que se podía recurrir para paliar el problema. Pero, Palacios rechazaba de plano la inserción latina. Es más, llegó a sostener que el factor más importante que contribuyó a la decadencia del espíritu de nacionalidad fue la inmigración. *“...no es la felicidad del pueblo - escribió -, su incremento numérico, su progreso moral y político lo que preocupa al inmigrante mercader; ni lo desvelan la seguridad presente ni el porvenir de la nación en que se hospeda. No ve una sociedad, un pueblo organizado moral y políticamente en el país en que especula, sólo ve sus riquezas explotables, y su sola preocupación es la de apropiárselas con el menor sacrificio de su*

---

<sup>12</sup> Gazmuri, Cristián (Editor), *El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, 2001, pp. 18 y 103-104.

<sup>13</sup> La segunda edición apareció en 1918 con el nombre del autor; fue publicada por la Editorial Chilena de Santiago en dos volúmenes.

parte”<sup>14</sup>. Debe destacarse sí que en esta crítica no incluyó sólo a esos codiciosos inmigrantes latinos, sino también a las grandes empresas capitalistas que explotaban el salitre y otras riquezas naturales, expoliando el patrimonio humano y económico del país. El discurso de Palacios se liga a un planteamiento más amplio y más profundo, cual fue la reacción contra el europeísmo dominante en el XIX, que se produjo en los comienzos del XX, reivindicándose, en cambio, la identidad latinoamericana<sup>15</sup>.

En cuanto al desplazamiento de los nacionales por los extranjeros en el comercio urbano, recurrió a los datos del *Anuario Prado Martínez*, publicado en esos años, en el que se contabilizaron en la ciudad de Santiago 905 negocios de abarrotes y de menestras, como se las denominaba. Del total, 270 pertenecían a chilenos y el resto, 635, a extranjeros, en términos relativos un 30 y un 70 % respectivamente. Claramente, pues, predominaban los extranjeros. Pero, Palacios no consideraba otras variables, como era, por ejemplo, el incremento de la población urbana. La población de la ciudad de Santiago había aumentado considerablemente: de 256.403 habitantes a 332.724 en el período intercensal 1895-1907, lo cual representaba un crecimiento de 76.321 personas y un 29,7 % en términos relativos; en el período intercensal siguiente, 1907 – 1920, Santiago pasó de 332.724 a 507.296 habitantes, es decir, subió en 174.572 personas y en proporción un 52,4 %. De manera que los comerciantes extranjeros vinieron a satisfacer en parte una potencial demanda de consumo hasta entonces inexistente. En otras palabras, sus gestiones mercantiles respondieron a una ampliación del mercado.

Remontándonos al período de la emancipación política, en él se produjo también un proceso de ampliación mercantil, que fue uno de los que tuvo mayor significación en la historia económica del país. Proceso que estuvo signado por la presencia de casas de comisión y comerciantes particulares extranjeros, predominando entre ellos notoriamente los británicos, que llegaron a controlar el comercio exterior del país y a posicionar a Valparaíso, como el principal puerto del Pacífico, cumpliendo la función de “entrepot”. Contrariamente a lo sostenido por Francisco Antonio Encina, quien afirmó que los comerciantes foráneos habían inhibido la empresarialidad de los criollos, Eduardo Cavieres que ha estudiado detenidamente la penetración mercantil británica, sostiene que los británicos ayudaron a una economía que venía saliendo del atraso colonial (“... desde el establecimiento de las casas de comisión en Valparaíso ellos impulsaron y ayudaron al dinámico proceso de modernización del país”). De ello se beneficiaron los propios comerciantes criollos, quienes “... adoptando las técnicas comerciales y financieras usadas por las firmas internacionales, no sólo pudieron hacer crecer sus propias actividades mercantiles, sino también fueron capaces de contribuir al aumento de la capacidad productiva y al mejoramiento de la infraestructura”. No

---

<sup>14</sup> “Decadencia del espíritu de nacionalidad”, cit. por Gazmuri, *op. cit.*, p. 106.

<sup>15</sup> Cfr. Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*. Tomo I, *Del Ariel de Rodó a la CEPAL*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000, págs. 29-93.

obstante, el autor concluye que *“indudablemente la predominancia británica llegó a ser cada vez mayor a través de los años”*<sup>16</sup>.

Otros autores se expresan en sentido semejante, denotándose un consenso en este aspecto. Así, Silva Vargas ha subrayado la carencia de espíritu capitalista entre los nacionales, lo cual favoreció el dominio económico por parte de los comerciantes extranjeros<sup>17</sup>. En la misma perspectiva Villalobos estima que *“parece indudable que los forasteros constituyeron el grupo básico de la burguesía y que sería difícil imaginarla sin ellos. Sin su aporte no habría existido”*<sup>18</sup>. Salazar aplicó el concepto de *“modernización nórdica”* en referencia a la instalación de los extranjeros en los puertos, principalmente Valparaíso, quedando a los nacionales el mercado interno<sup>19</sup>; y junto con Julio Pinto han reiterado la debilidad del empresariado criollo para poder enfrentar *“una competencia foránea superior a sus fuerzas...”*<sup>20</sup>. Ortega estima que *“en el ámbito comercial el desplazamiento de los empresarios nacionales de las operaciones al por mayor y del comercio exterior se debió a la falta de una tradición y cultura comercial que hubiese hecho posible una adaptación adecuada al cambio de mediados de siglo”*<sup>21</sup>. A los historiadores citados se agrega el economista Carlos Hurtado, quien señala que *“en materia de capacidad empresarial hay un fenómeno que ilustra con toda claridad las deficiencias de nuestra población nativa. Un análisis de las industrias clasificadas según la nacionalidad de sus dueños, muestra que en 1914 aproximadamente el 56 por ciento de ellas era de extranjeros, ello sin considerar que en el 44 por ciento restante debe haber habido una parte considerable de hijos o nietos de extranjeros. Esto habla muy en alto del aporte decisivo que hicieron los extranjeros, fuera de toda proporción con su número, a nuestro desarrollo industrial. Pero se expresa pobremente de la capacidad de quienes tenían su origen en nuestro propio medio cultural para ingresar a áreas no tradicionales”*<sup>22</sup>.

En el caso de la región de Concepción, cuya ciudad capital (del mismo nombre) se ubica a 500 kilómetros al suroeste de Santiago, diversos actores empresariales predominaron en el transcurso de su historia económica. En el período tardío colonial se conformó un grupo de mercaderes-hacendados que, como lo indica la denominación, sus gestiones se verificaron tanto en el comercio como en la propiedad territorial. Algunos de ellos eran comerciantes vascos radicados en la región en torno a 1760; entre ellos, el caso de José de Urrutia y Mendiburu, considerado poseedor de una de las mayores fortunas

<sup>16</sup> Cavieres, Eduardo, *Comercio chileno y comerciantes ingleses. 1820-1880*, segunda edición, Santiago, Edit. Universitaria, 1999, pp. 229-230.

<sup>17</sup> Silva Vargas, Fernando, “Comerciantes, habilitadores y mineros: una aproximación al estudio de la mentalidad empresarial en los primeros años de Chile republicano (1817-1840)”, Valparaíso, Escuela de Negocios, *Empresa privada*, 1977.

<sup>18</sup> Villalobos, Sergio, *Origen y ascenso de la burguesía chilena*, cuarta edición, Santiago, Edit. Universitaria, 1998, p. 45.

<sup>19</sup> Salazar, Gabriel, “Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular”, en Luis Ortega (Editor), *op. cit.*, p. 181.

<sup>20</sup> Salazar, Gabriel y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile*, vol. III, *La economía: mercados, empresarios y trabajadores*, Santiago, LOM Ediciones, 2002, p. 74.

<sup>21</sup> Ortega Martínez, Luis, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005, p. 101.

<sup>22</sup> Hurtado R. T., Carlos, “La economía chilena entre 1830 y 1930: sus limitaciones y sus herencias”, en *Colección Estudios Cieplán*, N° 12, p. 56.

coloniales a nivel del país, y el de Alejandro Urrejola y Peñaloza, fundador de una familia que llegó a ser de las más tradicionales entre los terratenientes locales<sup>23</sup>. Los vascos se proyectaron del comercio a la propiedad y explotación agrícolas; ocasión propicia para ello fue el remate de las Temporalidades de los Jesuitas. Urrutia y Mendiburu obtuvo en subasta la gran hacienda Longaví, en el área maulina, cuya extensión se estimó en cerca de 100.000 cuabras en tiempos de los jesuitas. Junto a ella y entre otras, fue propietario de las haciendas de San Javier y San Miguel de la Rinconada, ubicadas en el departamento de Chillán; de la de Membrillar en el de Itata y de las de Talca, Palmas y San Antonio de Perales en el de Puchacay. Urrejola, por su parte, remató las haciendas Cucha Cucha y Pomuyeto en Ñuble. A ellos se añadían comerciantes y hacendados criollos como Antonio Alemparte, Ramón Lantaño y Francisco Javier Manzanos. La pujanza y pervivencia de este grupo empresarial se vieron interrumpidas por las guerras independentistas, que significaron para la región un grave paréntesis de deterioro económico y social.

Sólo en los mediados de la década de 1830, Concepción se insertó en el proceso de expansión económica que había comenzado en el centro y norte del país ya en los inicios de la República. Surgió entonces en la región la industria molinera que tuvo su apogeo en los mediados del siglo XIX con la demanda de harina desde California y Australia. Quienes impulsaron esta actividad fueron hombres nuevos en la región, principalmente extranjeros con radicación previa en Valparaíso, como el sueco Olof Liljevalch, los estadounidenses Guillermo Gibson Délano, Pablo Hinckley Délano y Moisés W. Hawes y el galés Tomás Kingston Sanders, entre varios más. A ellos se sumaron algunos terratenientes locales (José Francisco Urrejola y José Ignacio Palma). También lo hizo Matías Cousiño, empresario extrarregional, considerado arquetipo del empresario “*polivalente*” del XIX<sup>24</sup>. Aparte de Palma y de Urrejola resulta difícil encontrar otros hacendados de la región que se interesaran en el negocio molinero; ellos fueron renuentes a invertir en nuevas empresas que suponían un mayor riesgo y prefirieron optar por aumentar sus disponibilidades de tierras y abastecer a los molineros con sus producciones trigueras y con las que captaban de los pequeños propietarios o labradores. De manera que el nuevo empresariado dominante no desplazó a los hacendados regionales, puesto que aquellos abrieron una nueva vía de explotación económica hasta entonces inexistente. Más bien hubo una complementación de gestiones: mientras los hacendados (sucesores de los antiguos mercaderes-terratenedores) proveían a los molinos, el “gremio” de los molineros de Concepción, como los llamó Vicuña Mackenna, se encargó de la producción de las harinas, destinadas preferentemente al mercado externo. Otra fuente de empresarialidad en la región la constituyó la minería del carbón, cuya explotación fue realizada por empresarios nacionales extrarregionales y por extranjeros. Aludimos, por cierto, a Matías Cousiño y a su hijo Luis en Lota; también al médico británico Juan Mackay pionero de las explotaciones carboníferas; a Jorge Rojas Miranda en el área de Coronel; al ya mencionado empresario estadounidense Guillermo Gibson Délano, quien aportó, aparte de

<sup>23</sup> Cfr. Leonardo Mazzei de Grazia, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.

<sup>24</sup> La expresión la tomamos de Nazer Ahumada y se refiere al empresario que abarca “las más variadas operaciones”. Nazer Ahumada, Ricardo, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1994, p. 21.



su trabajo, el capital inicial de la Compañía Carbonífera de Puchoco que formó con Federico Guillermo Segundo Schwager<sup>25</sup>; en fin, a José Tomás Urmeneta y su yerno Maximiano Errázuriz en el carbón de Lebu.

Nos aproximamos a los finales del siglo XIX e inicios del XX, en que, según ya señalamos, hubo un nuevo impulso inmigratorio. En el contexto de las menguadas cifras de la inmigración europea en Chile, Concepción fue una de las provincias que acogió a más inmigrantes. En los comienzos del siglo XX sólo era superada por Santiago, Valparaíso y las provincias salitreras de Tarapacá y Antofagasta. El incremento fue bastante drástico, puesto que en el período intercensal 1885-1895 la población europea residente en la provincia de Concepción pasó de sólo 1.378 personas a 3.025, es decir, estuvo próxima a triplicarse; mientras que entre 1895 y 1907 aumentó a 4.300 personas, con un incremento relativo superior al 40 %. Ello daba una base potencial para el surgimiento de nuevos empresarios. Además, firmas y bancos extranjeros que abrían sucursales en la ciudad de Concepción y que tenían su casa principal en el país en Valparaíso, podían incorporar como ejecutivos o empleados a los inmigrantes de las respectivas nacionalidades (principalmente británicos y alemanes).

De las inscripciones de sociedades comerciales en el Registro de Comercio de Concepción, correspondientes a los años de la década de 1880, constatamos que las cinco empresas comerciales más relevantes de acuerdo al monto de sus capitales eran las siguientes:<sup>26</sup>

- Mauricio Gleisner y Cía. Era la principal empresa surgida en la propia región, a la cual nos hemos referido en otros trabajos<sup>27</sup>. Explotaba ramos diversos del comercio y la industria: el comercio exterior de exportación e importación, curtiembre, fábrica de jabón y velas. Su capital era de \$ 694.880; en el transcurso de los años subió mucho más; principalmente al incorporar a sus gestiones la Refinería de Azúcar de Penco, en 1893.

- Collao Hermanos. Su socio principal era Miguel Ignacio Collao, quien estaba asociado con sus cuñados Aurelio, Leoncio y Justiniano Palma Izcué. Giró en la explotación de la hacienda Taiguén en Ñuble, en los molinos del Tomé y Puchacay, en la compra y venta de trigos y en la elaboración de vinos. Su capital: \$ 416.650.

- Tomás Smith y Cía. La integraban Smith y Manuel Jesús Solar. Se dedicó a la compra y venta de frutos del país, mercaderías extranjeras y nacionalizadas. Su capital: \$ 260.825.

- José María Castro y Cía. Antigua casa comercial fundada en 1857. Sus socios fueron Castro y Oscar Spoerer representante de la firma Rose-Innes y Cía. de Valparaíso comanditaria de la empresa; había otros seis socios comanditarios, también de Valparaíso, que no aparecen especificados en la

---

<sup>25</sup> Cfr. Leonardo Mazzei de Grazia, "Gestiones empresariales de un norteamericano en Concepción en el siglo XIX: Guillermo Gibson Délano", en *Revista de Historia*, Concepción, Universidad de Concepción, N° 8, 1998, pp. 184-190.

<sup>26</sup> Los capitales se expresan según el valor del peso en un año de referencia, el año 1885 en que el valor del peso equivalió a 25,4 peniques.

<sup>27</sup> Cfr., por ejemplo, Leonardo Mazzei de Grazia, *Sociedades comerciales e industriales y economía de Concepción 1920-1939*, Santiago, Editorial Universitaria, 1991, pp. 57-63.

respectiva inscripción. Se especializó en la importación y venta de fierro, artículos de ferretería y otros análogos. Su capital: \$ 206.810.

- Ramón Fuentes y Cía. Sus socios eran los comerciantes criollos Ramón Fuentes y Rodolfo Bahamondes. Giró en la compra y venta de mercaderías extranjeras y nacionales. Su capital: \$ 187.185.

De manera que considerando las empresas mercantiles regionales de mayor nivel, podemos decir que en la década de 1880, predominaban en ellas los empresarios nacionales. Sólo la de Mauricio Gleisner podría considerarse foránea, aunque Gleisner era un colono de antigua radicación, llegado al país en el proceso de colonización alemana de las provincias de Valdivia y Llanquihue, en los mediados del XIX, luego se trasladó a Nacimiento, posteriormente a Lota y después a Concepción. Llevaba más de treinta años establecido en el sur de Chile. Otro de los socios de estas empresas, Tomás Smith, por su apellido podría parecer extranjero, pero su abuelo había llegado a Chile poco después de la Independencia y su padre fue diputado de la República.

En la década siguiente, la de 1890, se denotan cambios en la composición de las cinco principales sociedades mercantiles, según el monto de sus capitales. De las que figuraban en ese grupo en la década precedente, sólo permaneció la de Mauricio Gleisner y Cía., ahora con un capital ascendente a \$ 1.377.950 (expresado en igual valor monetario que en la década anterior), es decir que su capital de operación prácticamente se había duplicado. En cierto sentido también permaneció la casa comercial establecida por José María Castro, pero éste se retiró quedando como socios Oscar Spoerer, Federico Köhlig y Germán Viedt (todos alemanes) y la firma Rose-Innes de Valparaíso como comanditaria; su capital: \$ 296.060. Completaban el grupo Guillermo W. Mackay y Cía., con un capital de \$ 344.490; Galán y Cía., cuyo capital alcanzaba a \$ 286.200; y Rogers, Serrano y Cía., con \$ 214.075. Se denota una mayor presencia foránea entre estas firmas principales, tendencia que se acentúa más al tener en cuenta las numerosas sucursales y representaciones extendidas desde Valparaíso por firmas extranjeras, entre ellas, Williamson Balfour y Cía., Duncan Fox y Cía., Gibbs y Cía., G.R.Fischer y Cía., la casa Gildemeister y el Banco Alemán Transatlántico, sólo para señalar algunas.

De acuerdo con los datos recabados en el Registro de Comercio de Concepción, entre 1890 y 1900 se formaron, prorrogaron, modificaron o disolvieron 166 sociedades dedicadas al comercio, alcanzando el total de socios a 318. Esta última cifra puede parecer disminuida en relación al número de sociedades, pero hay que considerar que algunos fueron socios de dos o más empresas y que en las sociedades en comandita no se especifica el nombre de los comanditarios. En todo caso el guarismo indicado permite una aproximación adecuada. De ese total de 318 socios, 141 eran nacionales, equivalentes a un 44,3 %; y 177 europeos, un 55,7 %, siendo entre éstos las nacionalidades más frecuentes, las de alemanes, franceses, italianos, británicos y españoles<sup>28</sup>. Al distribuir las 166 sociedades jerárquicamente

---

<sup>28</sup> En esta identificación nos han sido de gran utilidad los archivos del Registro Civil de Concepción, asimismo algunos estudios que hemos realizado anteriormente y obras que tratan de las familias y de la historia de Concepción.

según monto de capitales<sup>29</sup>, sólo 10 tenían capitales de \$ 100.000 y más; ellas reunían a 25 socios, de los cuales 15 eran europeos o de origen europeo y 10 nacionales (60 % y 40 %, respectivamente). En un tramo intermedio que corresponde a sociedades con capitales desde \$ 20.000 hasta menos de \$ 100.000, se incluyen 46 sociedades con 87 socios identificados, 63 de ellos eran europeos o de origen europeo y sólo había 24 nacionales, con porcentajes de 72,4 % y 27,6 %, respectivamente; en este tramo correspondiente al empresariado mercantil mediano, se verificaba, pues, una diferencia apreciable a favor de los extranjeros. Por último en el grupo de sociedades más numeroso, las que tenían capitales inferiores a \$ 20.000, constatamos 110 sociedades con 206 socios y de ellos 99, un 48 %, eran europeos o de origen europeo, y 107 nacionales, un 52 %. En el bajo empresariado la presencia nacional era, pues, superior a la extranjera, aunque no en forma muy distanciada.

En el ámbito manufacturero, en la década final del XIX los establecimientos de mayor importancia, en el departamento de Concepción, eran la Refinería de Azúcar de Penco y el molino Santa Rosa ubicado en la misma ciudad capital de la provincia. La Refinería pertenecía a la casa de Mauricio Gleisner; ocupaba a 370 operarios, cuyos salarios variaban entre \$ 3 y \$ 0,60; poseía 35 máquinas, un motor a vapor de 200 caballos de fuerza y contaba con un alumbrado de 300 luces de petróleo. *“Este establecimiento es de primer orden y surge con su artículo, que es de primera calidad, a casi todas las provincias al sur del Biobío”*<sup>30</sup>. El molino era propiedad de la firma británica Williamson Balfour; ocupaba a 44 operarios, con una variación en sus salarios de \$ 2 a \$ 0,80; poseía tres motores a vapor de 160 caballos de fuerza en conjunto y 45 máquinas diversas; contaba con 140 luces eléctricas y estaba unido directamente a la estación de los ferrocarriles del Estado a través de una línea férrea de 200 metros de largo<sup>31</sup>.

Con motivo del Centenario nacional se publicaron en Concepción algunas obras que daban cuenta del desarrollo histórico de la región, de su organización administrativa, los servicios públicos, la educación, el comercio y las industrias. Estas obras, como la de los autores Bustos y Salinas, fueron financiadas por empresarios cuyos establecimientos se reseñaban en esas páginas; eran, pues, descripciones hechas por encargo y tenían, por tanto, un tono laudatorio para las respectivas empresas y para sus dueños; además se insertaban avisos publicitarios que acentuaban tal tenor<sup>32</sup>. Así, por ejemplo, leemos en la reseña de la Botería Europea: *“Es su propietario don Juan Bautista Tarizzo, profesional muy competente, que ha adquirido su práctica en establecimientos de primera clase, como la afamada Casa de Pepay, una de las principales de Santiago. La Botería del señor Tarizzo se particulariza por la confección de calzado sobre medida, en la que emplea materiales de las mejores procedencias europeas y americanas”*<sup>33</sup>. En los avisos: *“Sastrería*

<sup>29</sup> En los montos que se indican a continuación tomamos como año de referencia 1895, año en que el cambio fue de 16,8 peniques por peso.

<sup>30</sup> Sociedad de Fomento Fabril, *Boletín de la Estadística Industrial de la República de Chile 1894-1895*, N° 8, Santiago, febrero de 1897, p. 154.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 154-155.

<sup>32</sup> Bustos, Juan Bautista y J. Joaquín Salinas, *Concepción ante el Centenario 1810-1910*, Concepción, Sociedad Lit. Universo, 1910.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pág. 244.

*Harán. La más acreditada de Chile por sus módicos precios y por su espléndido surtido de casimires de los más finos y modernos que se fabrican en Francia e Inglaterra y por sus materiales de primera calidad. Cuenta con dos cortadores insuperables, contratados en París y especialistas en toda clase de ropa de talle, como ser: frac, levita, chaquet, etc. y también en pantalones de equitación. Por todas las compras al contado se hace un descuento de un 20 %*<sup>34</sup>.

A las reseñas los autores agregaron una nómina de establecimientos comerciales e industriales existentes entonces en la ciudad de Concepción. En tal nómina, que por cierto no fue exhaustiva, se registraron 267 establecimientos manufactureros, diferenciados sólo por rubro, sin especificaciones de carácter jerárquico. De ellos, el más numeroso fue el rubro de las zapaterías que sumaron 52, sin embargo, la cifra es engañosa ya que no se distinguió entre tiendas de calzado e industrias del calzado; inferimos de otras informaciones, principalmente de las del Registro de Comercio y del *Anuario Estadístico*, que en su mayoría correspondían a tiendas de calzado, dedicadas, pues, sólo a las operaciones de compra y venta; en todo caso, fuesen tiendas de calzado o fábricas de zapatos, del total de 52 establecimientos 17 pertenecían a europeos, 34 a nacionales y la restante era una sociedad entre un europeo y un nacional. Las sastrerías sumaban 35, con 12 propietarios extranjeros y 23 nacionales. Las herrerías llegaban a 26, con 15 dueños extranjeros y 9 nacionales. Se incluía también, entre los más numerosos, un rubro de modistas que alcanzaron a 21, de ellas 7 correspondían a extranjeras y el doble, 14, a nacionales. En las panaderías, en total 16, eran 9 de extranjeros, 6 de nacionales y una era compartida en su propiedad por un europeo y un nacional. Las hojalaterías sumaban 14, con 5 propietarios europeos y 9 nacionales. Los indicados eran los rubros industriales más numerosos. El resto se distribuía en una amplia variedad de giros en pequeñas cantidades; había imprentas y litografías, mueblerías, fábricas de licores, fábricas de ladrillos, de fideos, tiendas de ataúdes, etc. La distribución numérica de los establecimientos considerados no muestra un predominio aplastante de los foráneos; por el contrario, la distribución es más bien pareja. Claro sí que, aunque ello no se puede advertir en la nómina de Bustos y Salinas, las industrias más relevantes pertenecieron a extranjeros. Por otra parte, tampoco se podría estimar que los nacionales quedaron relegados a aquellos rubros menos exigentes en capital como fueron, por ejemplo, las herrerías y las hojalaterías; en las herrerías fueron más numerosos los extranjeros, mientras que en las hojalaterías predominaron los nacionales, pero hubo también presencia foránea. La inserción de los inmigrantes en negocios de menor categoría tanto en la industria como en el comercio, fue en muchas ocasiones el comienzo de trayectorias empresariales exitosas.

La industria textil fue la rama que alcanzó un mayor desarrollo en la manufactura regional durante la primera mitad del siglo XX, con establecimientos en Tomé (que fue el centro principal de esta industria como antes lo había sido de la molinería), en el poblado de Chiguayante y en la propia ciudad de Concepción. En Tomé, tempranamente, en 1865, Guillermo Gibson Délano estableció la Fábrica de Paños Bellavista, que posteriormente tuvo sucesivos propietarios: el empresario alemán Augusto Kaiser; los

---

<sup>34</sup> Ibidem, pág. 242.

empresarios y técnicos textiles italianos Santiago Bozzo y Carlos Fizzini; y, en los comienzos del siglo XX, nuevamente otro empresario alemán: Carlos Werner, que, según Kirsch, fue quien dio más impulso y expansión a la fábrica, incrementando considerablemente su capacidad de producción<sup>35</sup>. En el mismo Tomé, en el año 1913, el empresario criollo Marcos Serrano fundó la Sociedad Nacional de Paños. También en Tomé, Jerónimo Sbárbaro, italiano, estableció la fábrica de tejidos e hilados de lana “El Morro”, que hacia 1927 “contaba con un personal de 42 empleados y obreros chilenos, que trabajaban bajo la dirección del técnico Fernando Peruggi, venido de Rapallo <Génova>,...”<sup>36</sup>. En ese mismo año se formó “una sociedad colectiva de responsabilidad limitada con el objeto de explotar otra fábrica de tejidos. Su razón social era *Industria Nacional Textil Silvio Sbárbaro y Cía. Ltda.* y a ella se remontan los orígenes de la *Fábrica Italo Americana de Paños de Tomé (FIAP)*, una de las textiles más importantes del país y que llegó a ocupar a unos 900 trabajadores entre técnicos, empleados y obreros”<sup>37</sup>. Desde Tomé se proyectó la industria textil a Concepción; en esta ciudad se estableció en 1920 la Fábrica de Paños del Biobío de Stöehrel y Cía., cuyos socios eran el técnico alemán Ricardo Stöehrel, Oscar Schulz y Gustavo Wördermann. En 1928, otro técnico alemán, Pablo Domke, fundó la Fábrica Nacional de Paños de Concepción, que al poco tiempo se constituyó en sociedad anónima, conformando el primer directorio el mismo Domke en calidad de presidente; Emilio Grant como vicepresidente y los directores Samuel Sanhueza, Oscar Muller, José del C. Suazo y Reinaldo Bascur Gómez (Director Gerente). A ellas se agregaba la Fábrica de Paños “Las Tres Pascualas”, perteneciente a los socios Oscar Schulz, Guillermo Pöller y Kurt Kiessling. En Chiguayante estaba la Fábrica de Tejidos de Chiguayante de propiedad de la firma Chillian Mills Company Limited, con sede en Manchester; de ella se decía en una reseña: “Es una fábrica montada a la altura de las mejores fábricas europeas y su gerente es el señor H. B. Lammond. La fábrica domina una extensión de terreno de una manzana y está rodeada de una hermosa vegetación. Ha sido edificada de acuerdo con todos los adelantos de la arquitectura industrial. Sus instalaciones de maquinaria son modernísimas y las mueve un motor de 350 caballos de fuerza. Entre otras figuran en la instalación máquinas de tintorería, aplanchadoras y calandros, dobladoras, estampadoras, enfardadoras, telares, etc. Los tejidos que produce la fábrica son: lienzos, tocuyos, franelas, piquéés, creas, percalas, nanzúes, crudillos, cretonas, esterillas, crinolinas y cambrayes. La producción de telas durante el último año, ascendió a seis millones de yardas, que fueron entregadas al mercado del país, por intermedio de los señores Allardice y Co., quienes son socios de la Chillian Mills Co. y sus únicos representantes en Valparaíso, Santiago y Concepción. La calidad y color de los tejidos de esta fábrica nada tienen que enviar a los géneros que se importan del extranjero. El personal que se emplea en la manufactura excede de 200 obreros entre

<sup>35</sup> Cfr. Henry Kirsch, *Industrial development in a traditional society. The conflict of entrepreneurship and modernization in Chile*, Gainesville, The University Presses of Florida, 1977, págs. 3-4.

<sup>36</sup> Mazzei de Grazia, Leonardo, *La inmigración italiana en la provincia de Concepción 1890-1930*, Tesis para optar al grado de Doctor en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, 1989, pág. 267.

<sup>37</sup> *Ibidem*, pág. 268.

*hombres y mujeres*<sup>38</sup>. En el poblado de Chiguayante también estuvieron la Fábrica de Paños de Chiguayante, de propiedad del empresario alemán Arturo Yunge, y la fábrica de tejidos de punto El Tigre, perteneciente a la firma alemana Weber y Cía.

### Conclusiones

La Independencia política determinó cambios económicos de fundamental importancia en materia de políticas económicas y de comercio exterior. El expansionismo capitalista británico hizo de Valparaíso el puerto principal del Pacífico sur, vinculándolo al tráfico mercantil de áreas muy lejanas; v. gr. las exportaciones de cobre a Calcuta. Es decir, de acuerdo a lo que hemos planteado en este trabajo, se trató de la ocupación de nuevos espacios económicos que anteriormente no se habían ni siquiera atisbado, salvo en proyectos excepcionales, como el fallido plan de Urrutia y Mendiburu para conectar Talcahuano con Cavite en las Filipinas, motivado este empresario por la modestia del comercio local.

La presencia mercantil británica no significó un desplazamiento de los criollos del comercio exterior chileno, puesto que ellos nunca habían tenido el control de las exportaciones e importaciones. Este control a través de la relación mercantil azúcar peruano – trigo chileno, lo habían ejercido los comerciantes del Callao. Situación semejante ocurrió en el período tardo colonial en intercambios específicos, como fue el caso de la conexión comercial Cádiz – Callao – Valparaíso, dominada por comerciantes gaditanos, principalmente la firma Ustáriz Hermanos.

Nos inclinamos a corroborar, sobre todo en lo concerniente a las nuevas condiciones económicas derivadas de la Independencia, el planteamiento relativo a que no hubo competitividad ni rivalidad entre comerciantes extranjeros y nacionales. No pudo haber competencia dado el predominio británico en la economía mundo y el mayor “espíritu capitalista” de los foráneos. En vez de antagonismo lo que hubo fue más bien una complementación de funciones que traspasó el ámbito económico, proyectándose a la conformación de núcleos familiares por la vía de matrimonios entre comerciantes extranjeros y jóvenes damas de la elite; el caso más emblemático fue el del médico inglés Jorge Edwards, casado con la dama de la ciudad de La Serena Isabel Ossandón Iribarren.

En la colonización alemana en las provincias de Valdivia y Llanquihue, se trató también de ocupación de espacios nuevos; estos eran territorios escasamente poblados. Distinto fue lo ocurrido en la Araucanía, cuya ocupación significó arrebatar tierras con el consiguiente deterioro económico, social e identitario de los habitantes indígenas.

En el área central del país se advierte una rotunda incongruencia entre el discurso pro inmigracionista de la elite y las necesidades reales de mano de obra. Eran escasas las posibilidades laborales que pudieran haber hecho atractiva la instalación de los foráneos. Ello, junto a las condiciones geográficas de lejanía y aislamiento y a las mejores ofertas y perspectivas

---

<sup>38</sup> Ossa F., Vicente, Abraham Serrato y Fanor Contardo P, *Concepción en el Centenario Nacional*, Concepción, Litografía e Imprenta J. V. Soulodre & Cía., 1910, pág. XVI.

ofrecidas por los países de la vertiente atlántica, contribuyó a las bajas cifras de la inmigración europea en el territorio nacional.

No obstante, hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX se insistió en la política inmigracionista, aunque las condiciones de la inserción laboral no habían cambiado. Por entonces se alcanzaron las cifras más altas de la presencia europea en Chile. Muchos abandonaron el país a poco de llegar; para los que permanecieron, dada la escasa atracción del trabajo asalariado, la única opción viable fue la vía empresarial, ensayada con éxito por muchos inmigrantes. Ello incentivó la crítica antiinmigracionista de los intelectuales nacionalistas que denunciaron el desplazamiento de los nacionales por los extranjeros en las actividades económicas. Estimamos que tal desplazamiento, entendido como un posicionamiento en sitios antes ocupados por otros (en este caso por empresarios nacionales), es cuestionable de acuerdo a nuestra perspectiva de *“ocupación de nuevos espacios”*. Consideramos, en el contexto de esta perspectiva, el incremento notable de la población urbana, especialmente el de las ciudades más pobladas. Santiago, Valparaíso y Concepción. Si en 1865 la población sumada de estas tres ciudades arrojó una cifra de 199.783 habitantes (prácticamente 200.000 personas), en 1920 fue de 753.792; hubo, pues, un incremento absoluto de 550.000 personas en números redondos, equivalente a cerca de una cuadruplicación demográfica en el plazo de 55 años. Surgían así potencialmente las condiciones propicias para la conformación de un nuevo mercado, abierto no sólo a los empresarios extranjeros, sino también a los empresarios nacionales.

En todo caso, aunque postulamos (en contraposición al discurso de los intelectuales nacionalistas) que en estricto rigor no se produjo el denunciado desplazamiento de los nacionales, la iniciativa o impulso inicial empresarial en la mayor parte de las actividades económicas y en las innovaciones modernizadoras, corrió por parte de los foráneos. Ilustrativo y representativo es el caso de los núcleos empresariales formados en la región de Concepción. Extranjeros, liderados por Urrutia y Mendiburu, fueron quienes dieron impulso a la economía cerealera regional en el período tardo colonial. Asimismo fueron foráneos los que iniciaron y consolidaron la agroindustria molinera. En la minería del carbón refulgen los nombres de Matías Cousiño y sus sucesores, pero también los de Guillermo Gibson Délano y Federico Guillermo Schwager; además, el pionero de las explotaciones carboníferas tanto en la bahía de Concepción como en Coronel, Lota y Lebu, fue el médico británico Juan Mackay. En la empresarialidad en el carbón hubo cierto equilibrio en la participación de extranjeros y de nacionales, con alguna inclinación a favor de estos últimos. Sin embargo, en la acción pionera y en la gestión técnica hubo un claro predominio de los foráneos (recuérdese que en los comienzos de las explotaciones en Lota, Matías Cousiño hasta contrató operarios escoceses). En la industria textil se verificó una manifiesta preponderancia de los extranjeros tanto en el empresariado como en la gestión técnica. Pero, tales situaciones tampoco pueden ser consideradas formas de desplazamiento de los nacionales. Ellas estaban condicionadas por un factor que denunciara un furibundo antiinmigracionista como fue Francisco Antonio Encina, en cuanto a que las insuficiencias y deficiencias de la educación nacional, no permitían la preparación de individuos aptos para la vida económica.